

EL MUNDO

Domingo, 8 de mayo de 2005. Año XVII. Número: 5.626.

OPINION

CARTA DEL DIRECTOR

La receta de Mary Poppins

PEDRO J. RAMIREZ

Aunque es obvio que la reelección de Tony Blair demuestra que en un país de la Unión Europea se pueden ganar unas elecciones pese a haber participado activamente en la invasión de Irak, creo que a los líderes del PP se les deberían encender las luces de alarma. Porque, más allá de cuál haya sido la cuestión concreta a debate, lo ocurrido el jueves en el Reino Unido es la constatación de que en un régimen de opinión pública un líder con buenas dotes comunicativas puede sobreponerse a la más ácida de las campañas de descalificación, aunque ésta tenga una sólida base de verdad, siempre que disponga del antídoto de la simpatía personal y de la habilidad para utilizarlo.

En términos deportivos esta tercera victoria consecutiva de quien llegó al poder a la vez que Aznar como el primer ministro más joven de su país desde los tiempos de William Pitt, merecería el rango de un hat trick. Así es como se define la hazaña del delantero que es capaz de marcarle tres goles al mismo rival en una racha de imparable efectividad. En realidad la expresión viene del cricket y alude a la gorra que in illo tempore se regalaba a aquél tan hábil con el mazo como para pasar la bola por tres portezuelas de un solo golpe. Pero en este caso aun sería más pertinente la acepción literal de truco del sombrero que vendría a presentar a Blair como el mago capaz de reinventarse a sí mismo, mediante la reencarnación en el último conejo que se saca de la chistera.

Cualquiera que haya tenido la oportunidad de pasear por Londres durante la campaña electoral, como ha sido mi caso, se habrá quedado impactado por el nivel de agresividad de las vallas de sus adversarios políticos. En vez de pedir el voto para sus propias propuestas los conservadores incitaban -o más bien excitaban- a los ciudadanos a «quitarle esa sonrisa de la cara» al detestado primer ministro. En la prensa ocurría lo mismo. El tan ingenioso como carcamal Daily Mail convirtió su toma de posición editorial en una guía práctica de cómo «darle un puñetazo en la nariz» a Blair. Y ése era también el pulso de la calle. El mensaje de móvil que hizo furor en las horas previas a la votación decía que el Partido Laborista había cambiado la rosa de su anagrama por un preservativo, «porque permite la inflación, detiene la producción, destruye a la próxima generación, protege a un gilipollas y nos da una falsa sensación de

seguridad mientras nos están jodiendo».

Y sobre toda esa fanfarria aún resonaba el veredicto del gran dramaturgo Harold Pinter -«Es un asesino en masa»- y la nunca desmentida expresión de desengaño del canciller Gordon Brown, supuesta víctima de la enésima traición de Blair: «Ya no hay nada que me puedas decir que yo vaya a creerme nunca».

¿De dónde había podido salir una oleada de odio tan intensa como para pervertir de esta manera la cultura política de la flemática Albión? A la mezcla de recelo y desprecio que la menguante Inglaterra tradicional siente por un gobernante a la vez laborista y proeuropeo, hay que sumar el resentimiento de gran parte de la izquierda que se ha considerado traicionada, encrucijada tras encrucijada, por el viraje centrista -o, para algunos, descaradamente derechista- del nuevo laborismo. Y el catalizador común de todos esos agravios era el diagnóstico compartido por la abrumadora mayoría de los británicos de que Blair les había mentido al motivar la Guerra de Irak en las armas de destrucción masiva de Sadam, a sabiendas de que no existían o al menos de que no constituían ni remotamente la amenaza tantas veces proclamada.

Matiz arriba o abajo en cuanto a la intensidad del dolo, es imposible no llegar a esa misma conclusión si se examina con algún rigor el copioso caudal documental puesto en manos de los jueces, el Parlamento y los investigadores independientes en un envidiable ejercicio de transparencia democrática. Cada día está más claro que primero Bush decidió la guerra, a continuación obtuvo el apoyo de Blair -y, por supuesto, el de Aznar- y después se tomó la leve molestia de buscar el pretexto para llevarla a cabo, sin preocuparse siquiera de cubrir medianamente bien las apariencias. El propio Blair no pudo por menos que conceder en sus recientes confidencias al director del New Yorker, David Remnick, que el contexto creado por el 11-S fue mucho más determinante de la invasión que los indicios que criminalizaban a Sadam.

Cualquier otro personaje habría tirado la toalla en ese escenario, pues no hay mayor contraindicación para buscar una reválida política en un país asentado en la ética protestante de la verdad que el ser percibido como un redomado embustero. Pero como decía su protector Roy Jenkins, Blair tal vez tenga «una mente de segunda clase», pero desde luego tiene un «temperamento de primera». Y decidió luchar, bajar a la arena del debate y fajarse en el Parlamento, en los medios de comunicación y en cuantos foros, escenarios y formatos se han puesto a su alcance. Lo hizo antes de la invasión, lo hizo después de la invasión y lo ha hecho, hasta el paroxismo, en estas semanas de campaña.

Aunque en todos ellos ha dejado la estela de su elocuencia, en muchos de estos debates y confrontaciones con el público ha salido malparado en términos dialécticos. Tanto es así que Remnick llegó a titular su largo relato de la cuenta atrás electoral La campaña del masoquismo. Porque, al final, el verdadero

secreto de Blair consistía en ponerle al mal tiempo buena cara, en aceptar impávido el rol de payaso de las bofetadas de una prensa hipercrítica que, según él mismo, se divide en «antiamericana, antieuropea y la que es las dos cosas a la vez».

Al final, el eco de los argumentos se desvanecía en el turbión catódico de cada jornada y ahí quedaba su sonrisa de máscara de Halloween, imperturbable tras la ración de vapuleo recibida. Eso irritaba aún más a los activistas del implacable frente de rechazo, pero cuanto más subían éstos la dosis de segregación biliar, cuanto más estiraban los orwellianos «diez minutos del odio», cuanto más se focalizaba la campaña en echar de Downing Street como fuera a ese farsante, más mérito cobraba ante los indecisos la insensata autoinmolación ritual a la que diariamente se sometía el primer ministro.

Es cierto que su mayoría parlamentaria ha quedado muy menguada y que ha alcanzado el menor porcentaje del voto emitido obtenido por un vencedor electoral en la era contemporánea. Pero Tony Blair ha vuelto a sacar petróleo del subsuelo de su presunta impopularidad y ha enterrado al cuarto líder conservador que tan toscamente le ha plantado cara. Es verdad que Howard, fiel a la trazada de Major, Hague y Duncan Smith, encallado en su efigie de aburrida seriedad, se ha comportado como un anquilosado mamut del Pleistoceno, pero más importante que el hecho de que el jefe de la oposición no fuera capaz de vencer, ha sido el que el titular del poder se empeñara con tanto ahínco en no perder. Ya lo advirtió el columnista del Times Simon Jenkins: en la medida en que la situación económica seguía siendo buena, la gente estaba de buen humor y continuaba dispuesta a confiar «en el tipo que les sonreía desde arriba».

En definitiva, ahora que el legendario musical vuelve a triunfar en Londres, se ha demostrado de nuevo la eficacia de la receta de Mary Poppins: «con una cucharada de azúcar cualquier medicina sabe mejor». Hasta el aceite de ricino de la manipulación de la opinión pública sobre Irak. «¿No habrán llegado algunos británicos a la conclusión de que si Blair les engañó fue con buena intención?», se preguntaba ayer Lourdes Martín Salgado en una de nuestras nuevas secciones de análisis de los sábados. La respuesta es sí, y ahí está la clave de lo ocurrido. Sectores decisivos del electorado han concedido el beneficio de la duda al hombre jovial, tolerante y comprometido, hasta el extremo de considerar que si actuó impropriamente lo hizo por el bien del país.

Señores del PP, oído cocina. Aunque su sintonía personal sea limitada, Zapatero es en muchas cosas un clónico de Blair. No sólo en lo físico -las cejas del uno y las orejas del otro realzan la misma fisonomía apelativa, picuda y perfilera-, en la mercadotecnia personal -todos le llaman Zeta Pé, todos le llaman Tony- o incluso en el compartido apodo de Bambi. El principal paralelismo reside en esa singular mezcla de melifluas maneras y determinación de hierro: suaviter in modo, fortiter in re. Blair nunca ha

ocultado que su idealismo tiene un origen religioso y Zapatero ha hecho del laicismo una conflictiva religión, pero los dos utilizan la sonrisa como el escudo incandescente de su fe política.

No es nada aconsejable emprenderla a pedradas con una sonrisa. Ni instar a los ciudadanos a ponerse en lo peor antes de que lo peor suceda. Para tumbar a un seductor profesional primero hay que pillarle en graves renunciados y, aun así, luego queda la tarea de demostrar que se tiene algo mejor que ofrecer. Por eso el pulso con Felipe González fue tan titánico, tan extenuante. Y eso que entonces se trataba de la corrupción y el crimen de Estado. El vaso de lo tolerable tuvo que desbordarse con creces para que tuviera lugar la tan amarga como fructífera victoria de Aznar del 96.

Ahora estamos a años luz de aquel escenario. En su primer cuarto de legislatura, Zapatero ha ofendido de manera reiterada -y casi siempre innecesaria- al núcleo duro de los votantes del PP, pero todavía no ha hecho nada que justifique la deserción de los propios. Y subrayo el todavía porque estoy convencido de que su temeraria política territorial, su equivocado enfoque de la reforma de la Enseñanza, el efecto llamada de la apresurada y caótica regularización de inmigrantes, la frivolidad de su ingeniería social con el concepto de familia de por medio y la falta de medidas correctoras de los inquietantes desequilibrios de nuestra economía terminarán teniendo efectos muy negativos para los españoles.

Pero como nada de eso ha sucedido aún y tampoco hay que descartar que el tiempo nos quite la razón a los pesimistas, el rechazo a los actos del Gobierno que nos parecen equivocados debe ir acompañado del compás de espera de la serenidad. Eso es desde luego lo aconsejable en relación al hipotético proceso de paz en el País Vasco. Si se dieran las mínimas condiciones exigibles -es decir una nueva tregua expresa de ETA- nadie debería negarle a Zapatero la oportunidad de intentar lo que todos animamos a perseguir a Aznar. La recompensa del final definitivo de las acciones terroristas es algo tan codiciado por el conjunto de la sociedad que sería insensato no percibir en la opinión pública esa misma disposición a creer que hasta las equivocaciones y engaños en que pueda incurrir el Gobierno obedecen a un buen fin, tal y como acaba de ocurrir con Blair en el caso de Irak.

Hay que hacer, eso sí, una importante salvedad: ni Zapatero ni ningún otro gobernante pueden incumplir la ley. Y eso es lo que está sucediendo de manera flagrante con el PCTV. Así como son muy dignos de consideración los argumentos de prudencia política que llevaron al presidente a no intentar invalidar una candidatura ya proclamada ante el riesgo cierto de que el Supremo la bloqueara y en cambio el Constitucional la autorizara después de que se hubieran celebrado las elecciones, la pasividad actual no tiene justificación alguna.

Son ya varios los ministros que de manera discreta están transmitiendo su inquietud y discrepancia del criterio del presidente de aguardar a que los nuevos electos incurran en conductas tipificadas por la ley, toda vez que el Gobierno ya tiene constancia policial con suficiente fuerza probatoria de que la ilegal Batasuna ha alquilado a ese partido, poniendo a su disposición elementos materiales y humanos como aquéllos a los que de forma expresa alude la ley. No se trata de esperar a que el PCTV haga algo, sino de reaccionar ante lo que ya ha hecho con creces Batasuna.

Señor presidente, ya que tiene tanto apego al Derecho, aplique la doctrina del fruto del árbol prohibido a favor del equipo de casa.

Qué importantes son, de todas formas, los matices en relación a éste y los demás asuntos de la actualidad. He dicho mil veces que me parece un disparate llamarle matrimonio a la unión homosexual y que tal error no va a salirle gratis a la sociedad española, pero al pretender que la ley no sea reconocida como tal, la Iglesia católica puede incurrir en el mismo exceso de los tories al demonizar absolutamente a Blair. La opinión pública está hoy por hoy con el aprendiz de brujo y la respuesta a esa realidad no puede ser proclamar que hay una ley natural -¿quién la dicta?- superior al orden constitucional, sino emprender un gran esfuerzo de pedagogía para el que sobran los argumentos.

No le arriando la ganancia a quien quiera combatir la cucharada de azúcar de Mary Poppins con el acíbar de las tremendas descalificaciones antes de que la economía, la seguridad ciudadana o el actual equilibrio territorial se hayan deteriorado gravemente. ¿Qué hacer entonces? En medio de este panorama de borboteantes inquietudes, la gran ventaja de la situación española sobre la británica es que tenemos un líder de la oposición que ya ha demostrado haberle cogido la medida a Mary Poppins. De hecho, no me extrañaría nada que el próximo miércoles, en alguno de los momentos del Debate sobre el estado de la Nación en los que le pondrá los puntos sobre las íes, Mariano Rajoy despeje cualquier equívoco sobre la naturaleza de su propio talante, pronunciando con mas convicción que nadie la palabra talismán: «Bien, de acuerdo, señor presidente, estoy con usted: Supercalifragilisticexpialidocious. Pero una vez dicho esto ».

pedroj.ramirez@el-mundo.es

© Mundinteractivos, S.A.